

diablos de cuatro patas, de todos los tamaños y edades, salieron de los rincones y se precipitaron en el centro de la habitación. Mis talones y los faldones de mi casaca constituyeron desde luego el principal objetivo de sus arremetidas. Empuñé el atizador de la lumbre para hacer frente a los más voluminosos de mis asaltantes, pero, aun así, tuve que pedir socorro a gritos.

El señor Heathcliff y su criado subieron con exasperante lentitud las escaleras de la bodega. A pesar de que la sala era un infierno de gritos y ladridos, me pareció que los dos hombres no aceleraban su paso en lo más mínimo.

Por fortuna, una rozagante fregona acudió con más diligencia. Llegó con las faldas recogidas, la faz arrebatada por la proximidad de la lumbre y con los brazos desnudos. Enarboló una sartén, y sus golpes, en combinación con sus ásperas palabras, disiparon la tempestad como por arte de magia. Y cuando Heathcliff entró, en medio de la estancia sólo estaba ya conmigo la habitante de la cocina, como el mar después de una tormenta.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó él con un acento tal, que me pareció intolerable para proferirlo después de tan inhospitalaria acogida.

—Verdaderamente, se trata de diablos —repuse. —¡Creo que los cerdos endemoniados de que hablan los Evangelios no debían albergar más espíritus malignos que estos animales de usted,